

nas. „Desde la víspera tenían un hambre canina; la idea de comer lo eclipsaba todo. Porque nos hubiese cascado las liendres el enemigo, no era razón para no atiborrarse. De un extremo á otro del campamento las cocinas llameaban, hervían las cacerolas, y ascendía un regocijo voraz y sonoro. „Los soldados recobraron la alegría al hacer alto bajo un cobertizo, donde pudieron, sentados sobre las mochilas, comer un bocado... „Fué un momento beatífico el de ver hervir el rancho. La escuadra entera se tumbó sobre la hierba, alrededor del fuego, en familia, llena de tierna solicitud hacia la carne que iba cociéndose poco á poco; y Loubet, gravemente, armado del cucharón, espumaba el caldo. A manera de niños ó de salvajes, no tenían otro instinto sino el de comer y dormir. „El general... había logrado encontrar una cama aceptable, y tenía delante una tortilla y un pollo asado, con lo cual estaba de excelente y delicioso humor. „La escuadra aparecía fosca, sombría, triste. Cuando no comían

la cosa no marchaba. „En el mismo instante de librar la batalla, volvía á presentarse imperiosa, decisiva, la cuestión del vientre. Héroe, bueno, pero vientres ante todo. No había más idea que comer; ¡con qué amor se espumaba el caldero los días de buen rancho! ¡Y que cóleras de niños ó de salvajes cuando faltaba el pan! „El que no come no se bate—exclamaba Chouteau.—¡El diablo que exponga hoy su pellejo! „Este es el tono general del libro, la nota saliente de la campaña. Claro está que con el vientre vacío es difícil realizar proezas, aun cuando no falta quien las haya realizado, y muy asombrosas; pero adviértase que, según lo observado por Zola, el ejército francés no es tan sólo una multitud hambrienta, que pide el sustento como condición necesaria, mecánica, para marchar sobre el enemigo; el sustento á título de arma, de munición de guerra, para que el miserable cuerpo no sea obstáculo á las bizarrías del alma: no; el ejército francés no sólo no prescinde de la comida, sino que,

para no murmurar y consentir en batirse, la exige regalada, sabrosa, golosa, el café con su azúcar, la galleta bien cocidita, crocante y ligera, el tocino craso, y fresco el arroz.—Mil veces había yo notado en París, y en general por toda Francia, la especial fruición, la gravedad casi religiosa con que se sienta á la mesa el francés. Serio, atento, examina cada plato que le traen, y lo critica ó lo ensalza, demostrando suma inteligencia gastronómica. Al pescado le da vueltas y lo olisca; tantea la carne con la punta del cuchillo, á ver si está jugosa y suelta la sangre; la ensalada la adereza con precaución exquisita, sopesando la sal, calculando la pimienta, dosificando el aceite y el vinagre, pican-do menudito la lechuga. Cuando los españoles comen juntos de fonda, de todo hablan menos de los platos: si alguno les gusta más, lo elogian en dos palabras, y asunto concluido. Cuando amigos franceses se sientan á la mesa de un *restaurant*, sea el aristocrático *Café Riche* ó la muy democrática *gargotte* de los

bulevares exteriores, la conversación gira siempre sobre el *menu* (ó minuta, que debiéramos decir por acá). Cierta tarde salía yo de mi posada en París, y en la puerta vi á dos caballeros, de edad madura, granlevitón, sombrero de copa, largas melenas, respetables anteojos, dialogando con tal animación, que no me vieron venir, ni, por consiguiente, me abrieron paso. Por lo cual oí algunas frases de su diálogo, y eran como sigue: "*Je vous dis que le potage était excellent; un peu trop de fromage de Parme, peut être...*" — "*Mais non, mais non; excessivement salé, et pas fait du tout.*" — "*C'est la sole que j'ai trouvée exquise...*" — "*¡ Ah!... Pardon, cher ami... Pas assez de champignons... Vous savez, pour réussir le gratin il en faut des quantités.*" Pueden trasladarse al papel las palabras; lo que nadie trasladará, es la seriedad, la majestad, la dignidad, la convicción con que el francés entendido en hornillas corregía la ignorancia de su amigo, ni la atención y devoción con que el otro escuchaba, á fin

de penetrarse bien de la sabia doctrina. ¿Es mucho que Zola vea en el vientre uno de los factores supremos del *Desastre*?

\* \* \*

Al llegar aquí, viene á mis manos el último número de *La Ilustración artística*, correspondiente al 4 de Julio, donde Emilio Castelar dedica toda la sección de *Murmuraciones europeas* al que llama "extraordinario libro," de Zola. No sólo por la natural coincidencia del asunto, sino porque en las *Murmuraciones* se me alude directamente, y porque se me da pie para citar un libro del cual deseo hacer tiempo hablar á mis lectores, sin que hasta la presente haya encontrado ocasión favorable—el *Diario*, de Goncourt—voy á hacerme cargo de las siempre importantes opiniones del insigne artista y del gran patriota.

Nadie ignora que Castelar es enemigo acérrimo del realismo. Su temperamento y su educación le inclinan á la armonía

y bella regularidad clásica; y aunque su índole meridional y su castizo genio van anteponiéndole cada vez más al idealismo nubloso y lacrimoso de la escuela lamartiniana, acaso no puede perdonar á los autores franceses hoy reinantes, el haber destronado otra dinastía que amó y veneró. Recias y bien templadas armas esgrime contra el realismo y el naturalismo, al cual rechaza, no por sus pecados eróticos, que para Castelar tienen excusa porque también los cometen las letras clásicas, sino "por sucio,," No juraría yo que en los antecedentes del clasicismo no figurase alguna página escatológica; pero de lo que estoy completamente segura es de que en Dante hay más de una, de grueso calibre y pestífera calidad. No es que me declare abogada de lo sucio; pero tampoco hemos de hacer arrancar la tradición de la porquería de la escuela realista; sería injusticia notoria. Precisamente acabo de leer un grueso volumen, un libro de tomo y lomo, titulado *Historia del realismo y del natura-*

*lismo en la poesía y en el arte.* En opinión del autor, M. Paul Lenoir, el realismo, que él define llamándole *exacta representación de lo que es*, y el naturalismo, que cree ser *el sentimiento enérgico de la naturaleza en el arte*, existían, como manifestación espontánea, desde los primitivos tiempos de la literatura. Lenoir va escudriñando y señalando sus huellas en la India, la Caldea, Asiria, Persia, el viejo Egipto y la literatura hebrea (la Biblia, en efecto, contiene pasajes muy parecidos al de la famosa aventura de los bates) en la poesía y el arte griego hasta el reinado de Alejandro, en su período de mayor esplendor, y después del conquistador del Indo; en la poesía y el arte latinos, hasta el siglo de Augusto, luego en el gran siglo de oro, y en la decadencia,— y nótese que Lenoir no trata de la novela, sino sólo de la poesía y lo que se conoce por bellas artes.— Si son tan viejas como Lenoir dice las tendencias realistas y naturalistas, y, sin embargo hasta nuestros días no se alzó clamor contra la porque-

ría del realismo, deduzco yo que el realismo no lleva en sí el canon de la porquería, y que á lo sumo se puede acusar de haberlo establecido á algunos maestros— como Zola— que entienden ser necesario ampliar la fórmula estética hasta realizar sin omisión alguna la divisa *Hominem pagina nostra sapit*.

Las inculpaciones de porquería tampoco pueden ir contra toda la pléyade realista, sino sólo contra Zola, que es un temperamento vigoroso y rollizote, rabelasiano, un Pantagruel ó Gargantúa, propenso al brochazo gordo y á la violenta crudeza. En los demás grandes escritores realistas ó naturalistas de Francia, sería tiempo perdido buscar detalles escatológicos. Daudet tiene una pulcritud femenina, y salvo cierto episodio del *Nabab*, que verdaderamente no es sucio, pasa sobre ciertos aspectos de la realidad como una gata entre piezas de loza. De Goncourt no hay qué decir: es un señor de la corte de Luis XV, el *talon rouge* de las letras actuales: gasta chupa y pe-

luquin; manos más blancas no han abierto nunca una tabaquera de esmalte con cerco de perlas. — De tiempo en tiempo sale un Zola, es decir, un artista brutal, un vándalo del lenguaje, que al profanarlo lo fecunda. Así fué Rabelais, y á ese sí que le cae muy bien el epíteto de sucio. El realismo, y sobre todo el actual, que es el que nuestro Crisóstomo condena severamente, no tiene la culpa de la aparición de esos *temperamentos*. Por lo menos, si hubiese que convenir en que la nota característica del realismo actual es la inmundicia, diremos, que no haría sino atenerse á la tradición de nuestros clásicos del siglo xvii. Castelar cita á Tirso advirtiéndole que no le choca, por no haber suciedad en él. Pues abro *Mari Hernández la gallega*, y en la segunda página ya leo la palabra *bacinilla*; y dos más adelante, la receta de Otero para distinguir á los judíos de los cristianos:

...A la nariz les llevo  
un pedazo de jamón,

y el que es cristiano echa el diente,  
y el que no, las tripas echa.

De todos modos, convengo en que Zola exagera la nota, pero más en otros libros, en *Pot Bouille* y *La Terre*, que en *La Débâcle*, donde, aparte de lo que podemos llamar elemento *clínico*, descripciones de ambulancia y hospital, sólo hay, en materia de porquería, un pasaje, un pasaje terrible, estigma de vergüenza impreso en el rostro de Francia... Para más pormenores, léase el acceso de miedo de las tropas, en la página 249. Es de las pocas veces que la nota sucia tiene significación, expresa algo; sólo que es tan cruel, tan mortificador, tan amargo lo que expresa, que me explico que los compatriotas de Zola, al leer esos renglones, enjuguen silenciosas lágrimas de coraje. ¡Ah! La patria, — en esto sí que Castelar tiene razón, — la patria es *algo* que no se demuele con insípidos sofismas. Si la moral utilitaria de que Castelar reniega fuese la condena del sentimiento patriótico, creo que

rompería cierto libro de Stuart Mill, que tengo bastante manejado, y del cual he adoptado ideas en mi concepto muy puestas en razón. No acierto á comprender por qué el principio de la *mayor ventura* ha de oponerse á la aspiración generosa de la ventura de una nación, realizada por el esfuerzo colectivo de sus hijos. Lo que dignifica á la patria nos dignifica á todos, y la conciencia de la dignidad es elemento integrante de la felicidad moral. Yo soy utilitaria al regocijarme de que Castelar, cuyo nombre resuena por el orbe entero, haya nacido en España, no en Francia ni en Inglaterra. Para mí es elemento de ventura poder decir que Castelar nos pertenece, es nuestra gloria. ¿De qué se deriva esta complacencia especial? No más que del amor patrio. Castelar no valdría menos porque hubiese nacido en Florencia; pero entonces su existencia no contribuiría á mi dicha, reforzando la conciencia de mi dignidad patriótica.

En el artículo de Castelar hay un pá-

rrafo que demuestra hasta qué punto la antipatía que inspira un sistema de procedimientos literarios hace injusto con sus representantes. El párrafo dice así:

“Cuando la escuela realista, en el período en que la guerra última se generaba, en el periodo extendido entre las fatalidades terribles del año 66 y las fatalidades terribles del año 70, iba en la persona de los Goncourt desde los palacios de la emperatriz y de la princesa Matilde á los cafés donde se condensaba entre taza y taza la oposición formidable de Gambetta y de Ferry, pero iba indiferente á todo, buscando emociones que verter á su gráfica lengua y figuras que copiar en sus cartones impresionistas, los llamados retóricos levantábamos la voz y decíamos cómo necesitaba para salvarse Francia de aquel juicio final, provocado por el cesarismo, recoger en elecciones y Parlamentos soberanos el Gobierno de sí misma, y pesar por sí las causas de paz y de guerra, para no dejarse dirigir por la piedra de una vejiga destrozada-

da, ó por la inconsciencia y el capricho de una señora histérica.»

Ni los Goncourt tuvieron jamás autoridad política, por lo cual no cabía esperar de ellos iniciativas que en Ferry eran naturales y justificadas, ni sirvieron menos á la patria los Goncourt con sus cartones impresionistas y su gráfica lengua, que Gambetta y Ferry con su ardiente oposición. ¿Lo duda Castelar? En sí mismo tiene claro ejemplo de lo que afirmo. Nadie me gana en reconocer que España debe á Castelar servicios eminentes en el orden político: la paz, la sedación después de horrendas convulsiones, obra fueron de Castelar en gran parte. ¿Ha de desdeñarse por eso que Castelar la ha servido y sirve como artista único en su género, como escultor del idioma, como forjador de la palabra? ¿Por qué se admiran hoy las arengas de Demóstenes? ¿Por su utilidad inmediata para los griegos ó por su intrínseca belleza? En esto sí que no soy utilitarista, ó al menos lo soy muy por lo alto. Mejor se estaban los Goncourt en

donde realizaban plenamente su esencia artística, que no en los cafés conspirando con Gambetta. El artista es quizá el único ser humano autorizado para decir "*Patria cara, carior libertas...*" Y el caso es que la libertad del artista refluye en beneficio, en magnificencia de la patria.

Si yo fuese, en vez de ecléctica, realista hasta el extremo de aborrecer á los idealistas, bien podría sacar del *Diario* de los hermanos Goncourt algún párrafo que es la mejor respuesta al de Emilio Castelar. Nadie ignora á qué terribles clamores, á qué indignadas protestas dió lugar la aparición del tomo que lleva en la cubierta una fecha fatídica: 1870-1871 —y en el cual Edmundo de Goncourt, con lápiz acaso indiscreto, pero muy *gráfico*, ¡ah, muy gráfico! anotó los desfallecimientos del patriotismo en varios compañeros de letras, y especialmente en el patriarca idealista Ernesto Renán, durante los días de prueba del asedio de París. La actitud del filósofo es asaz curiosa, y no sé que ningún novelista realista la adoptase

parecida en semejantes circunstancias. Espigo el libro y entresaco las siguientes flores: "Hoy, en casa de Brebant, nos asomamos para ver pasar un regimiento que va á la guerra. Renán se quita pronto de la ventana, haciendo un ademán de desprecio, y exclamando:—¡En toda esa gente no habrá uno capaz de un rasgo de virtud!— ¿Cómo?— gritamos los demás. ¿No es acto de virtud el acto de abnegación que lleva á esos infelices privados de de gloria, innominados, víctimas anónimas, al sacrificio de la vida?„ Algunos días más tarde: "Renán alza la cabeza, deja de mirar al plato y exclama:... Señores, los alemanes son una raza superior.—Explosión de protestas.— Sí, sí, muy superior á nosotros—añade Renán animándose. El catolicismo *cretiniza* al individuo... el protestantismo desarrolla la virtud *sumativa*.„— "¿Todo ha concluido para nosotros según eso?— dice Goncourt.— Lo único que nos resta ¿es preparar nuevas generaciones para la venganza?„— "No, chilla Renán levantándose

muy sofocado:— venganzas, no: *perezca Francia, perezca la patria*, porque sobre ellas está el reinado de la razón y del deber...„ Y Pablo de San Victor, furioso, replica: "No esteticemos, no bizantinicemos; ¡la Patria ante todo, rayo!„ Levántase entonces Renán, citando fragmentos de la Escritura, y acercándose á la ventana, dice á Goncourt: "La suerte que los parisienses no han de hacer resistencia: ¡son muy blandos para eso!„ Y observa Goncourt (volviendo por pasiva, anticipadamente, la oración de Castelar): "Es en extremo curioso hasta qué punto falta el sentimiento patrio á ciertos hombres, y sobre todo á los pensadores, á los idealistas. Renán nos lanza un discurso para decirnos que el sentimiento de la patria era muy natural en la antigüedad, pero que el catolicismo ha cambiado la sede de la patria, y que, siendo el idealismo heredero del catolicismo, los idealistas no han de estar tan nimiamente apegados al terruño, ni sujetos por los miserables lazos etnográficos de la patria.— La patria



del idealista—exclama—es allí donde puede pensar.—Y desoyendo las nerviosas interrupciones de Berthelot; arrastrado por la lógica fatal de su tesis, no percibe Renán, en el hecho de la dominación extranjera, nada de lo que indigna, subleva é inflama el corazón del patriota. Encuentro á mis comensales demasiado superiores á la humanidad, y salgo de casa de Brébant casi furioso!„

Ya ve Castelar el respectivo papel que aquí desempeñan el novelista realista y el idealista pensador. Pocas páginas más adelante encuentro explicada la actitud de Renán, que acaso se origina de móviles parecidos á los que sembraron el desaliento en las filas del ejército francés. Trátase de uno de los últimos banquetes que reunieron al pié de las hornillas de Brébant á los literatos mientras duraban los horrores del sitio. En tanto que disertan sobre la guerra, sobre los movimientos y concentración de las tropas, el mozo les sirve un asado, al parecer, de carnero; pero en realidad, de perro, según la opi-

nión de Goncourt. Pablo de San Victor, á punto de llorar, pregunta al mozo: “¿Verdad que no es perro? ¿Verdad que no es perro?„ “¡Pues si ya ha comido V. perro tres veces aquí!„ responde el mozo. —“¡Imposible! ¡Brébant es hombre de bien! ¡Nos hubiese avisado! ¡El perro es manjar impuro! ¡Caballo, pase... pero perro!„ A uno de los convidados se le ocurre decir con la boca llena: “Sea perro ó carnero, nunca comí asado más rico... Puede que sea ratón, porque el ratón sabe muy bien, ¡así... entre cerdo y perdiz!„ Durante esta disertación, Renán, que se hallaba cabizbajo y triste, se pone verde, lívido, echa el dinero del escote sobre la mesa, y desaparece... Sin duda el recuerdo del asado de rata le persigue mucho tiempo, cuando sostiene el axioma de Bismarck, *la force prime le droit*, y cuando, ante el espectáculo de la patria destrozada y palpitante de dolor, declara que “las naciones y los individuos que no saben defender sus propiedades, no merecen conservarlas„.

He reunido este ramillete sólo por el gusto de demostrar á Castelar, á quien tanto respeto que hasta no recelo contradecirle, cómo en todas las escuelas literarias hay, hubo y habrá sus más y sus menos de patriotismo. Y qué, ¿es obstáculo para el amor de la patria el amor de la verdad? Lo que noto en Goncourt y en Zola al narrar la guerra y el sitio es un tinte de sinceridad, que á veces puede revestir crueles formas, pero que sin género de duda revela seriedad, propósito de anteponer á todo la verdad histórica, hermana de la literaria. Ni Goncourt ni Zola cargan al Emperador—á guisa de chivo emisario—con todos los pecados de Israel. Enfermo estaba el César, pero enferma, enferma de gravedad la nación. Otro príncipe se necesitaba, y también otro pueblo, otro espíritu, otras energías, otra vitalidad. Un solo hombre no ha ejercido jamás sobre una nación entera tal influencia, ni para mal, ni para bien. Pero era cómodo, era consolador imputar el desastre al vencido, al destronado, al

moribundo. ¡Y quién les quita ese gusto al apocalíptico poeta de los *Castigos* y á los gobernantes que á los quince días de mando se encontraron ya más impopulares, más gastados y más aborrecidos que el mismísimo *Badinguet!*

No ha sido esta digresión tan ajena al asunto de *El Desastre* como tal vez parecerá. Sirve, cuando menos, para probar que la guerra abrió hondo surco en la imaginación y en la voluntad de los escritores. Si Zola no acertó completamente,—sobre todo en comparación de su gran predecesor y émulo, el eslavo,—su obra tiene un mérito innegable: la exactitud histórica, la serenidad, la justicia.

